LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

AÑO XXIII. NUM. 11.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Vestido de primera comunion.— Casquete para caballero.— Redecilla adornada de terciopelo punzó. — Tocado con barbas de encage.—Taburete redondo.— Corbata de muselina con adornos de frivolité. — Manguito de entredoses.— Capucha para suarés. — Peinado á lo Valois. — Vestido para primera comunion para jovencito.—La cruz del valle. — Recuerdos de Florencia.—Carolina la bella.—Una terrible prueba.—Un recuerdo fúnebre—Figurin iluminado.

Vestido de señorita para la primera comunion.

Trage de muselina blanca; la enagua va guarnecida con tres entredoses bordados, separados por cuatro pliegues. Corpiño liso *á lo virgen*, con guipur de nansouk plegado. Cófia de muselina guarnecida de rizados de tul. Gran velo de muselina con un dobladillo al rededor. Cinturon de cinta blanca.

Casquete para caballero.

MATERIALES.—Paño negro; un poco de moaré antique color Habana; trencilla de seda del mismo color; esterilla de oro; cordoncillo de oro; canutillo de oro; cuentas negras talladas; torzal grueso de seda negro; el mismo torzal fino amarillo de oro.

Se cortarán las dos partes del casquete en paño negro, con arreglo al tamaño de la cabeza; se calcan en seguida los contornos de los dibujos, se pone el papel sobre el fondo y sobre la orla, y luego se trabaja pasando la aguja al través del papel, que se quita desgarrándolo cuando la labor se ha terminado.

Se cortan de moaré Habana los cuadros, vacíos en su centro: se los pone en el sitio y forma que van indicados; se orlan sus contornos exteriores é interiores con esterilla de oro, atravesada de trecho en trecho por puntadas hechas con torzal negro; las ondas enlazadas que atraviesan los cuadros se componen de trencilla Habana, rodeada por cordoncillo de oro. Las ramas colocadas en los ángulos opuestos de cada cuadro se ejecutan con canutillo de oro; las estrellas y la especie de fleco se hacen de cuentas negras. — Se forra el casquete de seda ó badana, y en el medio de la redondela se le pone una borla de oro, ó bien de seda Habana mezclada con hilos de oro.

VESTIDO DE SEÑORITA PARA PRIMERA COMUNION.

Redecilla adornada de terciopelo punzó.

El fondo se hace de tul de felpilla blanco y negro. Este tul de felpilla está forrado de tul de seda; el fondo se frunce ligeramente y se pega á un ala que forma una punta hecha de tul negro fuerte. Esta ala tiene 7 centímetros de largo; su ancho disminuye gradualmente hasta tener solo 2 centímetros. El resto del fondo (que no se une al ala) se ribetea con una cinta negra, por la que se pasa una cinta elástica de 10 centímetros de largo. El fondo está atravesado en su medio por una cinta de terciopelo punzó de 7 centímetros de ancho, redondeada en cada extremo, los cuales se guarnecen con un fleco de felpilla con bolitas de cristal. Uno de los cabos de esta cinta (el que cae por detrás) ocupa en el fondo un espacio de 21 centímetros, el otro viene á unirse por delante con la guarnicion de encage de la punta del ala, y su fleco cae sobre la frente; este cabo lleva al rededor un alambre; á diez centímetros de distancia de su extremo se encuentra una rama de follage enrojecido. El medio del ala se guarnece con un rizado muy espeso, hecho de encage blanco y encage negro, que tenga 3 centímetros de ancho, realzado por una tira de tul de 4 centímetros de ancho; á esta guarnicion se pega por cada lado una cinta de terciopelo punzó colocada entre dos rizados de encage, cuya cinta tiene 7 centímetros de ancho; se pliega en tres veces hasta el extremo del ala; en este sitio flota á todo su ancho; el extremo de esta cinta se redondea y se guarnece

© Biblioteca Nacional de España

REDECILLA ADORNADA DE TERCIOPELO PUNZÓ.

con un fleco de felpilla. A uno y otro lado del ala se ponen dos adornos, compuesto el uno de una gran rosa punzó de felpa, rodeada de hebrillas de plumas negras y de yerbas con gotas de rocío, y el otro de hebrillas y yerbas.

Tocado con barbas de encage.

Para ejecutarlo, cinta color de naranja y cinta gris de 9 á 10 centímetros de largo, entredos de encage negro de 4 centímetros de ancho y encage negro de 3 centímetros.

Se formará con trenza de paja un óvalo de 65 centímetros de circunferencia; debajo de la trenza se pondrá un alambre y se forrará el óvalo con tafetan negro; se dobla un poco el medio del óvalo para formar una punta; el ancho de aquel es por dentro de 15 centímetros. — Para preparar el ala, se corta en tul negro fuerte y doble una especie de media luna de 7 centímetros de ancho en su medio, destinada á llenar la mitad del óvalo por delante; se pega esta al óvalo y sirve de basa para la guarnicion del tocado.

Se cortan de cinta color de naranja dos pedazos cada uno de 30 centímetros de largo; se los pliega de modo que no tengan mas que 4 centímetros y medio de ancho; se los cose por delante sobre el ala y se los dirige hácia uno y otro lado para cubrir el óvalo hasta su extremo por detrás; en este sitio se sujetan los dos pedazos de cinta; un tercer pedazo de cinta atraviesa la cabeza desde la punta de delante hasta el extremo del óvalo por detrás; esta cinta es gris y tiene de largo 35 centímetros.

Con el entredos rodeado de encage se forman tres barbas que se fijan sobre las tres cintas; la del medio (mas larga) tiene 20 centímetros; cada una de las otras 2 barbas tiene 16 centímetros de largo.

Para formar la diadema se toman 15 pedazos de cinta naranja de 8 centímetros de largo, y otros tantos pedazos iguales de cinta gris; cada pedazo doblado por su mitad se pliega en figura de abanico; se forma, juntándolos, un copo naranja y otro gris que cubren la punta del ala. Dos copos semejantes, pero compuestos de 7 cocas solamente, se colocan detrás en el extremo del óvalo; allí se añade un cabo de cinta gris (7 centímetros de largo) y un cabo de cinta naranja (15 centímetros).

Puede ejecutarse este tocado con un solo color de cinta, rosa,—cereza,—azul, ó bien con dos puntos del mismo color.

Taburete redondo.

MATERIALES.—Lana castor (lana gruesa céfiro); 24 gramos de esta lana blanca; 8 gramos idem negra; idem de tres puntos del color del gris, 8 gramos cada uno; canevas del n. 20; lanas céfiro y sedas de Argel con arreglo á los colores indicados en el dibujo de tapicería.

Los diferentes dibujos consagrados á la ejecucion de este taburete indican que se compone de una especie de marco de tapicería, rodeando una labor que imita al armiño. No hay nada mas lindo ni mas elegante que este taburete, y por eso se lo recomendamos á nuestras suscritoras.

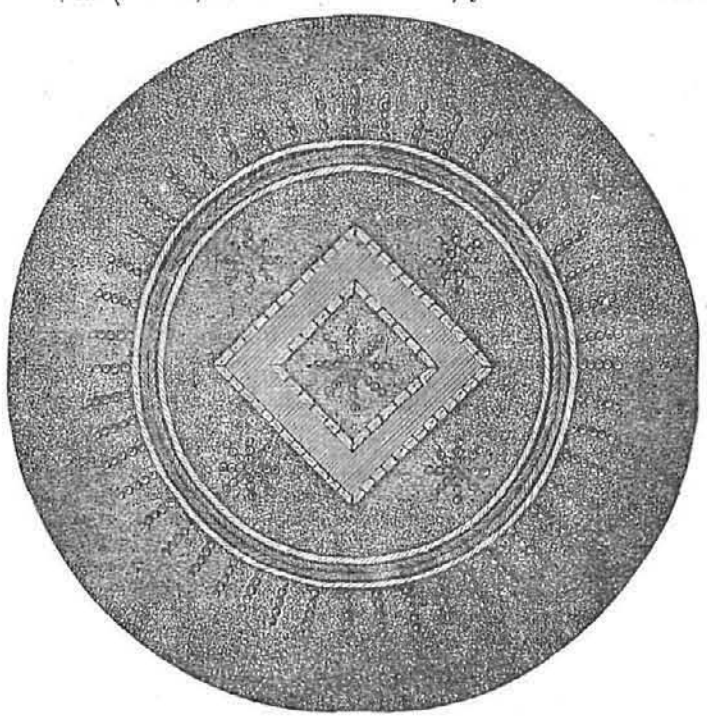
El canevas n.º 20 producirá un taburete de 15 centímetros de diámetro; para aumentar ó disminuir este tamaño no hay sino escoger canevas mas grueso ó mas fino.

Se ejecuta sobre el canevas con la labor de la cruz comun, el dibujo de tapicería, que ha de ejecutarse cuatro veces para formar un círculo, cuyo centro vacío se cubrirá con la labor que imita al armiño; el canevas que queda sin labrar no se quita, puesto que ha de servir de base á la expresada labor, la cual vamos á describir.

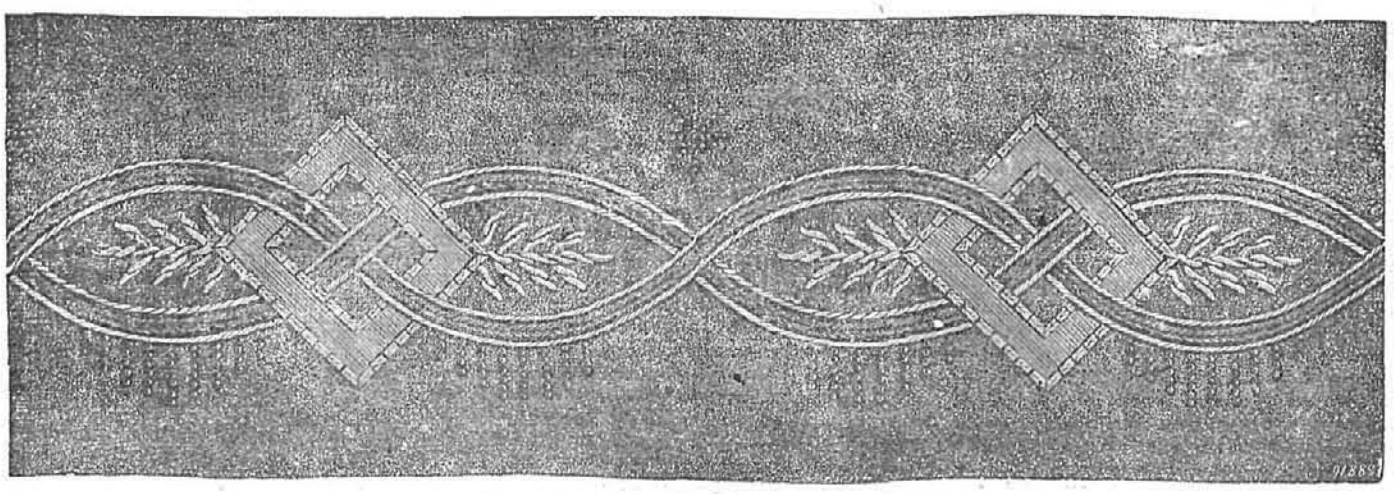
Esta se hace al crochet. Se toma la lana blanca, se hace una cadeneta de 5 puntos y el último se reune al primero; se forman siempre alternando una brida,—2 puntos en el aire, trabajando en espiral (esto es, no á vueltas cerradas) y creciendo regularmente en los mismos sitios; el crecido se verifica haciendo en un solo punto en vez de una brida 2 separadas por 2 puntos en el aire. En la 4.ª vuelta se crece 5 veces, colocando el crecido encima del de la vuelta anterior, de modo que se formen por ellos 10 rayos, entre los cuales se encuentran 10 partes del fondo; se continúa este hasta que cubra, cuando se extiende, el canevas vacío en el interior del dibujo bordado, dejando solo excedente sobre el contorno interior de la tapicería 2 centímetros y medio de canevas.

El armiño se compone de 10 partes ejecutadas sobre el fondo; 5 de ellas se hacen con la lana blanca, y 5 con la gris de diferentes puntos de color. Un dibujo representa en tamaño natural la ejecucion del armiño. — Para cada una de las cadenetas hechas para cada vuelta de bridas, se hace una fila de flecos compuesto de bucles muy largos, para los que se emplea un molde de 7 á 9 centímetros de ancho; sin embargo, como no es muy cómodo trabajar en redondo con este molde, podrá servir en su lugar el dedo índice de la mano izquierda, haciendo la labor del modo siguiente: despues de haber pasado la hebra con la ayuda del crochet en uno de los puntos de la cadeneta del fondo, se pone aquella sobre el ya dicho dedo, como si se tratara de hacer calceta; se levanta el dedo, de modo que forme con la hebra un bucle de 7 á 9 centímetros de largo; se pica el crochet en el punto mas próximo y se saca al través de este punto la hebra que se halla detrás del bucle; se le pasa al mismo tiempo á través del punto que hay sobre el crochet; este forma un punto sencillo, y esto fija además el bucle largo. Se repite siempre lo que acaba de hacerse, cuidando de que los bucles sean todos del mismo largo. El dibujo representa el fleco empezado, y cada uno de los puntos en que se pica el crochet va

TOCADO CON BARBAS DE ENCAGE.



CASQUETE PARA CABALLERO.

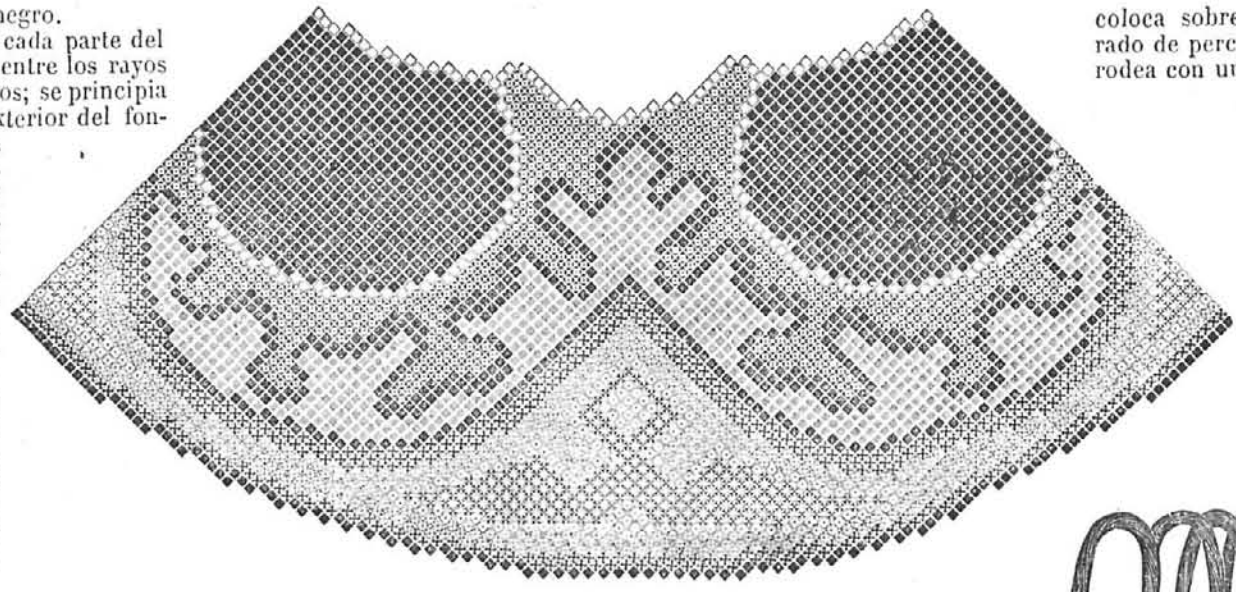


GUARNICION PARA EL CASQUETE DE CABALLERO.

© Biblioteca Nacional de España

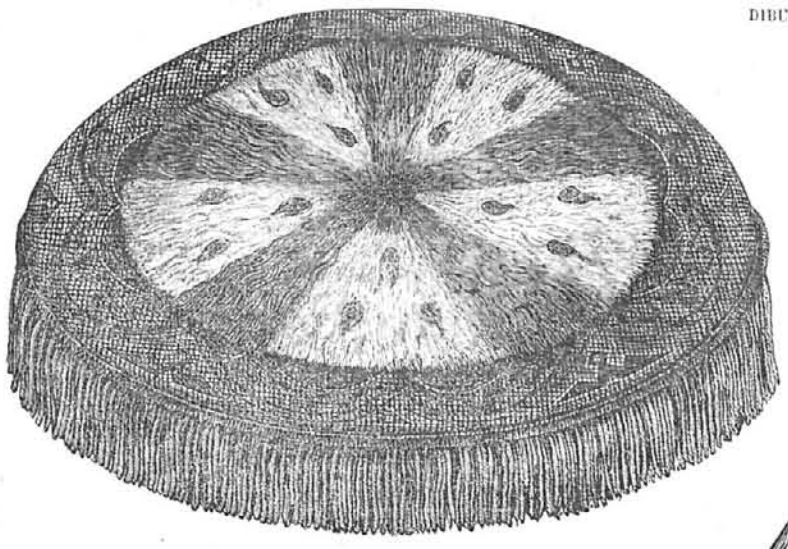
marcado con un punto negro.

Se hace el armiño en cada parte del fondo que se encuentra entre los rayos formados por los crecidos; se principia siempre por el borde exterior del fondo, y se hace una parte toda blanca,—la siguiente con los tres grises, el mas oscuro de los cuales se coloca en el borde exterior. Con cada punto del color gris se hacen 2 ó 3 filas de flecos, segun el tamaño del fondo; las 2 últimas vueltas de este (hácia el centro) quedan libres, y en redondo se ejecuta sobre todas las partes á la vez una fila de fleco con la lana gris mas oscura, y otra segunda con la lana

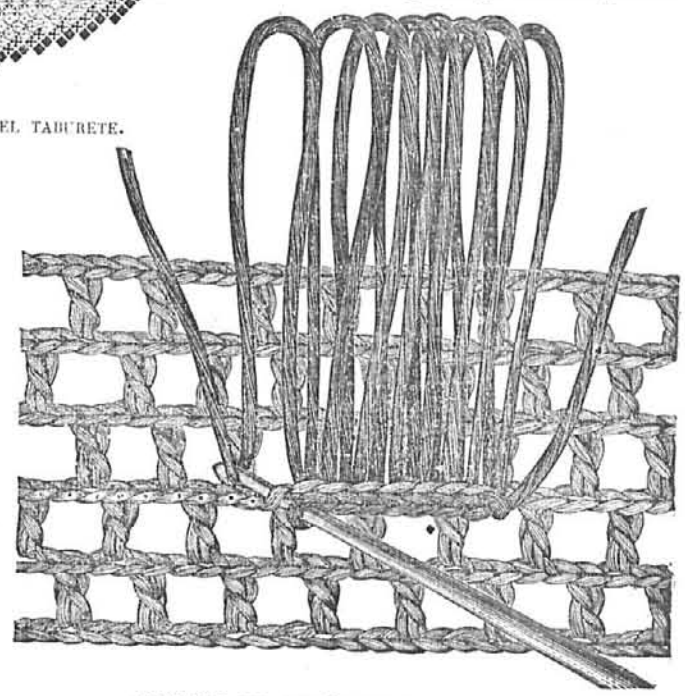


DIBUJO DE TAPICERIA PARA GUARNECER EL TABURETE.

Explicacion de los signos. — ■ Negro. ⊟ Verde inglés de medio color. ⊠ El mismo verde fuerte. ⊠ Gris leonado de medio color. × El mismo gris mas fuerte. ✻ Encarnado vivo. ⊡ Blanco. □ Seda amarilla paja.



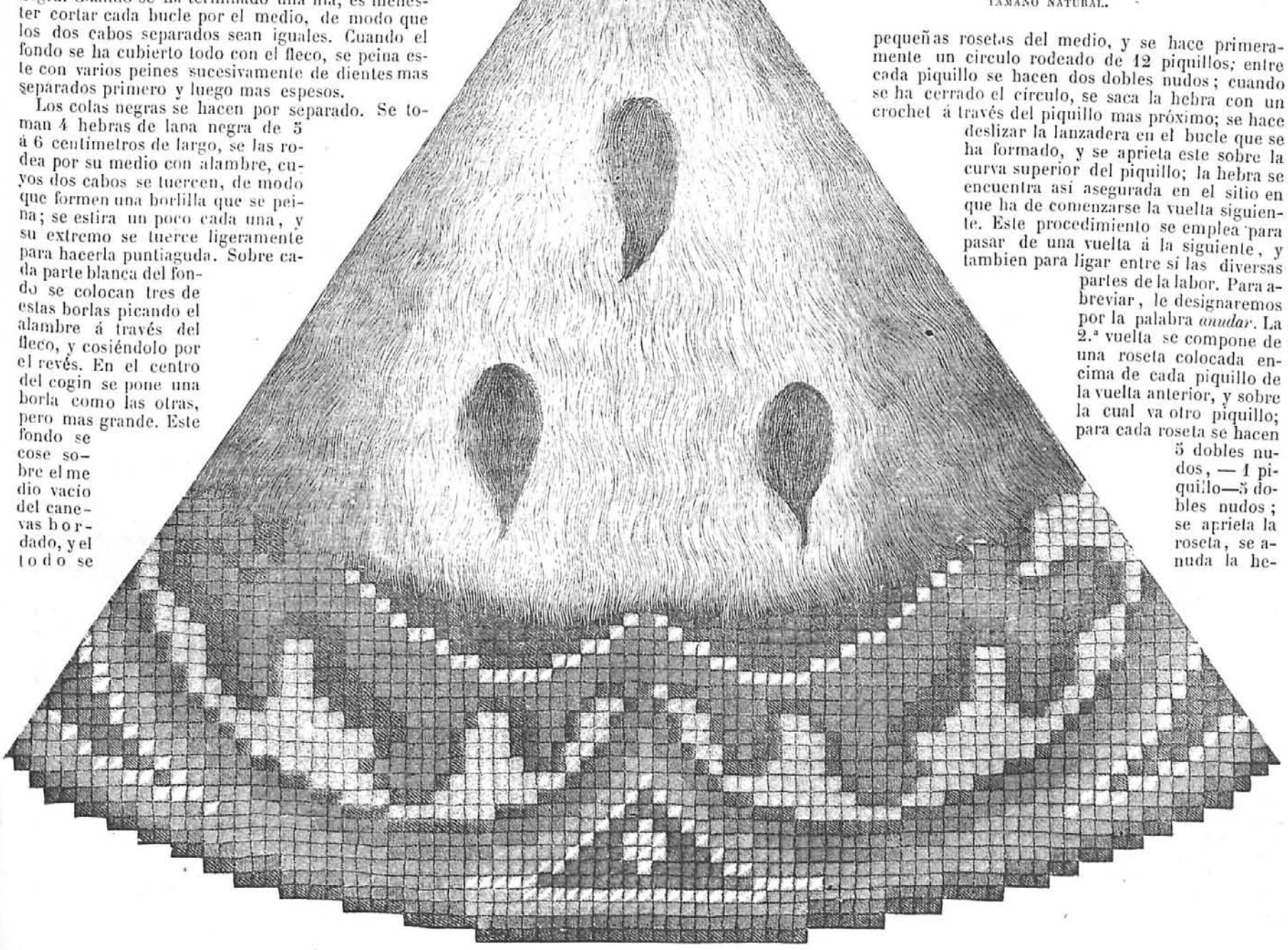
TABURETE REDONDO.



EJECUCION DEL ARMIÑO DEL TABURETE EN TAMAÑO NATURAL.

negra. Cuando se ha terminado una fila, es menester cortar cada bucle por el medio, de modo que los dos cabos separados sean iguales. Cuando el fondo se ha cubierto todo con el fleco, se peina este con varios peines sucesivamente de dientes mas separados primero y luego mas espesos.

Los colas negras se hacen por separado. Se toman 4 hebras de lana negra de 5 á 6 centímetros de largo, se las rodea por su medio con alambre, cuyos dos cabos se tuercen, de modo que formen una borlilla que se peina; se estira un poco cada una, y su extremo se tuerce ligeramente para hacerla puntiaguda. Sobre cada parte blanca del fondo se colocan tres de estas borlas picando el alambre á través del fleco, y cosiéndolo por el revés. En el centro del cogin se pone una borla como las otras, pero mas grande. Este fondo se cose sobre el medio vacio del canevas bordado, y el todo se coloca sobre un cogin redondo, forrado de percalina ó lana; el cogin se rodea con un fleco grueso de lana.



UNA CUARTA PARTE DEL TABURETE EN TAMAÑO NATURAL.

Corbata de muselina con adornos de frivolité.

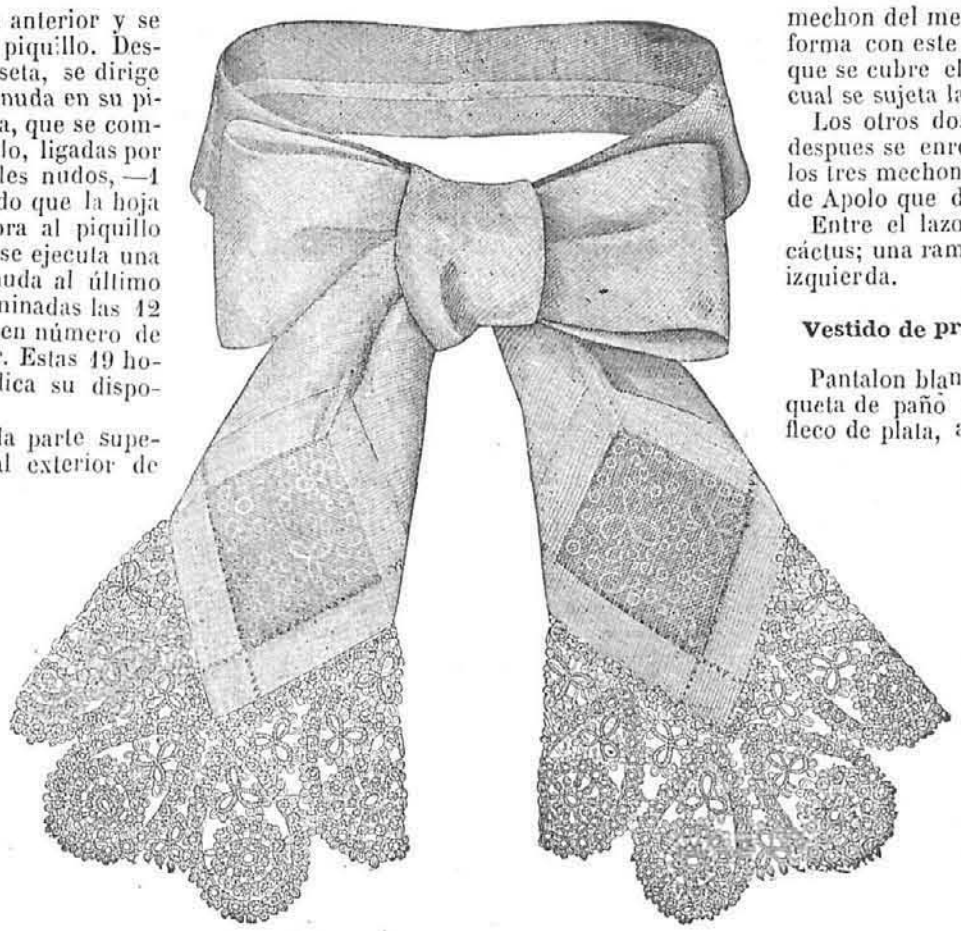
Hemos consagrado á la ejecucion de la *frivolité* muchos dibujos acompañados de extensas y minuciosas explicaciones, y no tenemos por el momento lugar para repetirlas.

Se tomará hilo muy fino del n.° 90 ó 100; se principia la labor por las pequeñas rosetas del medio, y se hace primeramente un círculo rodeado de 12 piquillos; entre cada piquillo se hacen dos dobles nudos; cuando se ha cerrado el círculo, se saca la hebra con un crochet á través del piquillo mas próximo; se hace deslizar la lanzadera en el bucle que se ha formado, y se aprieta este sobre la curva superior del piquillo; la hebra se encuentra así asegurada en el sitio en que ha de comenzarse la vuelta siguiente. Este procedimiento se emplea para pasar de una vuelta á la siguiente, y tambien para ligar entre sí las diversas partes de la labor. Para abreviar, le designaremos por la palabra *anudar*. La 2.ª vuelta se compone de una roseta colocada encima de cada piquillo de la vuelta anterior, y sobre la cual va otro piquillo; para cada roseta se hacen 5 dobles nudos, — 1 piquillo—5 dobles nudos; se aprieta la roseta, se anuda la he-

© Biblioteca Nacional de España

bra al piquillo siguiente de la vuelta anterior y se hace así una roseta encima de cada piquillo. Despues de terminada la 12 y última roseta, se dirige la hebra por el revés de ella, se la anuda en su piquillo y se comienza aquí la 3.ª vuelta, que se compone de 12 hojas rodeadas de piquillo, ligadas por su piquillo inferior; se hacen 9 dobles nudos, —1 piquillo entre cada 2.º nudo, de modo que la hoja cuente 8 piquillos; se anuda la hebra al piquillo mas próximo de la vuelta anterior, se ejecuta una 2.ª hoja, cuyo primer piquillo se anuda al último de la hoja anterior; despues de terminadas las 12 hojas se hace otra vuelta de hojas en número de 19; 12 se ligan con la vuelta anterior. Estas 19 hojas componen el óvalo; el dibujo indica su disposicion.

Las hojas de trébol que rellenan la parte superior del óvalo, y se unen tambien al exterior de estos círculos, se componen de 3 bucles, para cada uno de los cuales se hacen 8 dobles nudos,—5 piquillos separados por 2 dobles nudos, —8 dobles nudos; encima de los óvalos va una orla de hojas con piquillos como las ya descritas. Cuando una de ellas se termina, se dirige la hebra al revés hasta el piquillo del medio del borde superior; se anuda la hebra y se comienza otra hoja. Al disponer los óvalos se tendrá en cuenta la forma puntiaguda del cabo de la corbata, y se cuidará de que la *frivolité* no forme pliegue alguno ni por el derecho ni por el revés.



CORBATA DE MUSELINA CON ADORNOS DE FRIVOLITÉ.

Cuello y manguito de muselina bordada con entredoses de encage.

El cuello se compone de una tira de muselina

MANGUITO CON ENTREDOSES Y ENCAGE.

bordada, á la cual se pega por ámbos lados un encage de Valenciennes puesto en sentido contrario, y asegurado por una tira estrecha de muselina cortada al sesgo y pespunteada á punto atrás. Debajo del encage superior se encuentra una tira de muselina lisa.

El manguito (ó puño recto) se hace con entredoses de encage y entredoses bordados reunidos por tiras estrechas de muselina, pespunteadas á punto atrás; un entredos bordado, rodeado, como el manguito, de encage de Valenciennes, forma una presilla que atraviesa el puño.

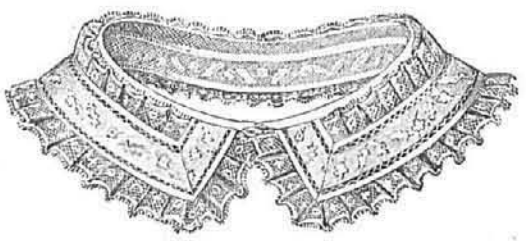
Capucha para suarés, etc.

Los peinados actuales son tan voluminosos que exigen capuchas muy ámplias armadas sobre alambre.

Nuestro modelo se hace de raso blanco, guarnecido con rizados de encage negro; la pelerina, entretelada de algodon, se orla con encage negro, y se adorna con cuadros de terciopelo negro, rodeados de encage tambien negro.

Peinado á lo Valois.

Se hace primero la castaña que se compone de un lazo doble, adornado con un *peinecillo-broche*; se atan los cabellos de detrás sobre la nuca; se los divide en dos partes; se toma la de la derecha, se la riza hácia abajo; se la alisa por encima, se forma una gran coca á la derecha, y luego una segunda mas pequeña; otro tanto se hace en



CUELLO DE ENTREDOSES.

el lado izquierdo, y la ligadura se cubre con el peinecillo arriba dicho.

Se peinan hácia adelante los cabellos de delante; se pone á 6 ó 7 centímetros de distancia de la frente, un coginete de cabellos. El cabello de delante se dividen en 3 partes; se riza y encrespa el

CAPUCHA PARA SUARÉS, ETC.

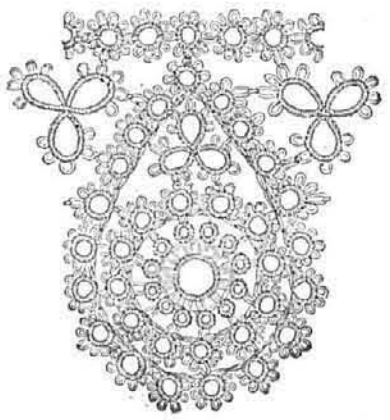
mechon del medio que debe dominar la frente; se forma con este mechon una especie de coca con la que se cubre el centro del coginete, por bajo del cual se sujeta la coca.

Los otros dos mechones se encrespan tambien, despues se enrollan hácia atrás; los extremos de los tres mechones concurren á la ejecucion del lazo de Apolo que domina al peinado.

Entre el lazo y la coca de la frente se pone un cáctus; una rama de flores se fija cerca de la oreja izquierda.

Vestido de primera comunion para jovencito.

Pantalon blanco. Chaleco blanco de piqué: chaqueta de paño negro. Banda de cinta blanca con fleco de plata, atada al rededor del brazo. Corbata de muselina blanca con cabos bordados.



GUARNICION DE FRIVOLITÉ PARA LA CORBATA.

LA CRUZ DEL VALLE.

NOVELA

POR D. EDUARDO S. FATIGATI.

IV.

Entre tanto Alfredo no podia dormir en su palacio de Madrid.

Y sin embargo tenia una alcoba y una cama magnífica, y una numerosa servidumbre afanándose por complacerle, y mil remedios á cual mas poderosos contra el insomnio, entre los cuales se contaba un infalible elixir, inventado por un amigo suyo. Pero nada tiene esto de extraño si se atiende á que Alfredo estaba soñando despierto.

Se preguntaba una y mil veces cómo no habia hecho alguna de sus célebres calaveradas para conquistar aquella linda muchacha que tan buena impresion causaba en sus sentidos. Despues llegaba hasta á sospechar si todavía le quedaba algo de corazon para amar; pero aunque esta idea fuese cierta, Alfredo no podia menos de desecharla con horror de su imaginacion.

¿Amar y amar formalmente á una muchacha de un pueblo?

El que habia dejado el manoseado nombre de Juan con que le bautizaron, para tomar el poético y *fashionable* de Alfredo.

El que creia poder burlarse de todas las preocupasiones sociales, entendiendo por preocupaciones ciertas cosillas á las que, como el honor, la gloria, la virtud y el talento, profesaba todavía en el fondo de su alma una secreta simpatía.

El que podia disponer de medio millon de renta.

Cansado de dar vueltas inútilmente en el lecho, se levantó cuando apenas amanecia.

Hizo que le vistiesen un trage cualquiera, sin reparar en si el *negligé* era ó no elegante, y salió á respirar el aire puro del campo.

Admiró el viejo espectáculo con que la naturaleza nos brinda todos los dias, y que sin embargo de su constante repeticion, es siempre el manantial de toda belleza y de todos los grandes sentimientos que el alma humana puede abrigar.

El sol envió á sus ojos su primer rayo para obligarle á reconocer su magestad; los pajarillos revoloteaban

© Biblioteca Nacional de España

picando y cantando en su derredor, como dándoles las gracias porque no les perseguia; los árboles adelantaban sus ramas hasta ofrecerla al paso sus maduros y vistosos frutos, escuchados por el rocío; y las flores le enviaban á porfía y en tropel sus embalsamados olores.

El estado de su corazon le hizo comprender entonces quizá por la primera vez *de su vida, toda la belleza* que diariamente ostenta el mas insignificante rincon de tierra, para el que tiene su corazon todavia sano, para recibir el perfume de vida de la naturaleza que despierta.

Su vida entera pasó ante su vista como las figuras de un cosmorama, y solo se detuvo con placer en los recuerdos de su infancia; de su madre velando á la cabecera de su pequeña cama cuando estaba enfermo y de su padre llorando de alegría, cuando los vecinos le hacian concebir halagüeñas esperanzas acerca del porvenir de su querido hijo.

PEINADO A LO VALOIS VISTO DE ESPALDA Y DE FRENTE.

Despues de haber pensado en todo eso, volvió instintivamente la mirada hácia los montes de Guadarrama, y al mirar aquella cadena perdida entre la niebla, no pudo menos de volver á pensar en Rosa.

Pero entre el tropel de ideas que desde aquel momento vinieran á acumularse en su imaginacion, el entusiasmo que le habia dominado un instante, se evaporó y Alfredo volvió poco á poco á ser el calavera hastiado y egoista.

Empezó á notar que el campo estaba muy húmedo: *que el sol calentaba demasiado: que* la yerba pisada calentaba los pantalones: que los labradores que pasaban á su lado eran demasiado toscos y las labradoras demasiado feas, y por fin emprendió á paso largo el camino de su casa.

Pero tan contrarias emociones le habian puesto de un humor insoportable.

Y como sucede siempre, el ayuda de cámara que nada sabia de lo que Alfredo experimentaba, él fué el que vino á sufrir los efectos de las pasiones que hervian en el pecho de su señor.

Le riñó ásperamente porque le presentaba para vestirse un trage demasiado claro.

Le calificó de torpe y estúpido porque le queria despues vestir de negro.

Le amenazó con despedirle porque le replicaba, y un minuto despues se enfurecia mas contra el pobre criado porque no le contestó.

Para colmo de sinsabores le entregaron una carta que decia así;

«Querido sobrino: mi hija y prima tuya Adela llegará á esa el mismo dia que recibas la presente.

«Ya ves que están casi realizados tus deseos y que puedes casarte con ella tan pronto como querias. Sabes que te adora tu tia—GERTRUDIS.»

Alfredo ya desesperado, al acabar de leer la anterior carta, no solo la estrujó y echó en la chimenea, sino que rompió además dos magníficas tazas de porcelana y un precioso ramo de flores de mano, con cuyo desahogo pareció aplacarse por entonces.

V.

Para disgustarse de lo que él llamaba *su horrible madrugada*, y para juzgar lo que deberia hacer en la situacion que la casualidad le habia deparado, Alfredo antes de almorzar creyó conveniente charlar un rato con algunos de *sus amigos de confianza*.

Porque habeis de saber que nuestro Alfredo tenia una corte, bastante respetable por su número, de amigos desinteresados que le daban excelentes consejos, á cambio de otros favorcillos menudos, que sus bolsillos y sus estómagos tenian la delicadeza de apreciar en mas que los sabios raciocinios que nuestro héroe recogia á manos llenas.

Y en verdad de entre aquellos amigos, podian escoger todos los gustos. Habia espadachines consumados, que se batian hasta por equivocacion.

Traductores profundos de todas las lenguas conocidas que recitaban en una á la que ellos llamaban *castellana*, trozos lindamente destrozados de poetas que jamás habian cometido un plagio.

Dilettantis inminentes que criticaban á todos *los músicos habidos* y por haber, sin necesidad de oir sus obras.

Políticos concienzudos, sin derechos electorales, á pesar de su alta capacidad.

Y Tenorios de tan buena fortuna que ponian el ridículo y podian dar lecciones al de Tirso y Zorrilla. Rodeado Alfredo de unas cuantas de estas notabilidades, les dijo que deseaba charlar con ellos un rato acerca de varios asuntos que podian interesarle.

Despues de esta manifestacion, los amigos, en atencion á la gravedad de las circunstancias, pidieron de almozar.

A los postres la conversacion que durante el almuerzo solo habia girado sobre el porvenir de Polonia, situacion de Italia, el carácter de la literatura alemana, el estado de la industria en Inglaterra y otras pequeñeces por el estilo, vino al terreno á que Alfredo deseaba llegar.

Tocó su turno al amor y á las mujeres, y los circunstantes con todo el buen humor que abundantemente les suministraba el Champagne helado, empezaron á emitir sus opiniones sobre tan inagotable materia.

VESTIDO DE JOVENCITO, PARA PRIMERA COMUNION.

Un hombre de largos bigotes y de hosca mirada sostuvo que el amor solo se adquiere á viva fuerza, y lamentó *que hubieran* caido en desuso las costumbres de la antigua Roma, y que no hubiese en nuestra moderna España otras sabinas á quienes robar, en medio de un baile.—Un solteron de enorme barriga, demostró que el amor enflaquece á los que se dejan alucinar por sus encantos, citando su propio ejemplo, pues habia perdido años atrás dos arrobas de peso, por la maléfica influencia de unos ojos negros.

Un viudo cuarentañon comparó el matrimonio, á una caña de pescar en que el marido era el anzuelo, la mujer el cebo, y los amigos los pececillos que se comian muchas veces el cebo sin morder el anzuelo.

Un literato profundísimo llegó hasta decir que el amor convierte el *yo* en *no-yo*, y al mismo tiempo alargaba su copa para que se la llenasen.

En resúmen previendo todos que Alfredo estaba enamorado hasta la medula de los huesos, le vinieron á cantar en diferentes tonos el consabido refran «antes que te cases mira lo que haces.»

Pero nuestro héroe á quien no satisfacian del todo las bromas de sus amigos, dejándolos en su casa entre Pinto y Valdemoro, se encaminó á la estacion del ferro-carril del Norte y al poco tiempo viajaba en direccion á la cordillera del Guadarrama.

VI.

El sol empezaba á desaparecer tras de los montes, cuando Alfredo y Rosa volvieron á encontrarse en la fuente.

Les impelia una extraña casualidad, pues los dos llegaron al mismo tiempo.

Cada uno de ellos, fija la mirada en el otro, pálido él, y ruborosa ella, sin decirse una palabra fueron á sentarse á opuestos lados del sitio en que caia el agua.

Rosa no acertaba ya á luchar con su alma.

Alfredo no pretendia dominar su mezcla de pasion y deseo.

Pero no por eso se atrevia á romper el silencio, y así pasaron algunos minutos.

El límpido cristal del agua dibujaba vaga, pero fielmente los contornos de los dos amantes, asomados á su raudal.

De repente un pequeño canto, rodando desde la altura, cayó en la balsa, enturbió sus aguas y borró los retratos.

Rosa dejó escapar un grito involuntario y Alfredo palideció mas. Y es que hay circunstancias insignificantes, que hablan sin embargo mucho al corazon, y esta era una de ellas.

Al *mismo tiempo* el crepúsculo *iba extendiendo* lentamente su pálida luz mientras á lo lejos se veia el sol, despidiéndose de la llanura.

Empezaba la única hora del dia triste y solemne.

La única hora quizás en nuestro siglo, en que el corazon pide prestado su cetro á la cabeza.

Porque el anochecer tiene algo de vago y misterioso que nos anonada y nos eleva á un mismo tiempo. El alma sonríe con la aparicion de la aurora,

© Biblioteca Nacional de España

dormita durante el dia, y llora al extenderse el crepúsculo de la tarde.

Porque con todo lo que perece, con el dia que pasa, con la hora que nos anuncia el reloj, con el segundo que nos señala un latido de nuestro corazon, muere tambien alguno de nuestros deseos y alguna de nuestras ilusiones.

(*Se continuará.*)

RECUERDOS DE FLORENCIA.

(Conclusion.)

Leonardo escribió un excelente tratado de la pintura. Las fortificaciones de Civita-Vecchia son obra de Miguel Angel. Cellini defendió heróicamente en 1527 el castillo de Santángelo contra las hordas aventureras del condestable de Borbon, y es fama que la bala de arcabuz que puso fin á la vida de aquel gran traidor fué disparada por la mano del grande artífice.

La fachada que hizo el Giotto, de que dan una idea las pinturas de los claustros de *Santa Croce* y de *San Márco*, fué demolida á fines del siglo XVI, para sustituirle otra que aun no está concluida, gran lunar en tan admirable monumento. La cúpula ó *duomo*, obra de Brunelleschi, tiene un pié mas de diámetro interior que la de San Pedro de Roma, construida un siglo despues por Miguel Angel, el cual solia decir de aquella: Es difícil hacer tanto, es imposible hacer mas.

No recuerdo haber visto en mi vida monumento mas airoso, mas gallardo y gentil que el *Campaneli* de Florencia, maravillosa joya del Giotto de que era tan apasionado Cárlos V. que hubiera querido, decia, ponerle bajo un fanal para guarecerle de la intemperie.

La intemperie, sin embargo, le ha respetado como por arte mágica: cinco siglos no han podido causar la mas leve alteracion en sus elegantísimos perfiles ni en la multitud de primorosos bajo-relieves alegóricos y estátuas que le decoran, obra del mismo Giotto, de Donatello, de Andrea Pisano y del gran Luca della Robbia. La torre entera está revestida de mármoles blancos, negros y colorados con gracioso artificio. Su altura es de 258 piés, á que el Giotto se proponia añadir una pirámide de 80,—y lo hubiera hecho! — Hoy es una maravilla: entonces hubiera sido un milagro.

El *Baptisterio* es una especie de rotonda octógona, construida en el siglo VII sobre las ruinas y con los materiales de un antiguo templo pagano: nada tendria de particular exteriormente (por dentro es riquísima de mosáicos) si Ghiberti no le hubiera enriquecido con sus admirables puertas de bronce.

En su exaltado fanatismo por todo lo bello, Miguel Angel temia que Dios se las quitase á Florencia para hacer de ellas las *puertas del cielo*. ¿Cómo ni para qué describirlas aquí? Tan conocidas son por los aficionados á las artes, que para estos nada nuevo podria yo decir; y á los que tienen la desgracia de no serlo poco les interesaria lo que dijese.

Una sola observacion quiero hacer, no acerca de aquellas puertas, dignas del cielo, sino sobre los tres edificios que juntos componen la catedral de Florencia, una de las glorias de la tierra.

He hablado de los que tienen la desgracia de no amar las artes, que vale tanto como decir que no sienten sus encantos. ¡Pues bien! yo quisiera que los que padecen esa enfermedad del alma, hiciesen la prueba,—si pueden,—de ir á Florencia y de mirar en una clara noche, á la luz de la luna, el *duomo*, el *campanile* y el *baptisterio*, sentados en la *piedra del Dante*,—poste desde donde es fama que el gran poeta solia contemplar extasiado las obras maravillosas que por entonces se iban alzando bajo la poderosa mano de su amigo el gran Giotto.

Si á la vista de aquel mágico espectáculo, si al recuerdo de aquellos nombres inmortales no siente despertarse algo en su corazon y en su entendimiento, mala señal! Será que su dolencia es incurable, pero yo creo que de dos casos, en uno por lo menos, el enfermo sentirá algun alivio.

Si así no fuere, haga otra prueba, siguiendo este nuevo método de higiene espiritual. Vaya á la galeria *degli Uffizi*, situada en el *Palacio viejo*, y pásese algunas mañanas en la *Tribuna*, donde no hay mas que obras maestras: allí estará seguro de no equivocarse admirando con entera confianza todo lo que tenga delante, cuadros y estátuas. Allí encontrará entre otras joyas la Vénus de Médicis y el Apolino, los dos mas acabados compendios de la belleza humana: entre las pinturas encontrará una de las mejores *Vénus* del Tiziano, que pintó tantas en su larga vida, una *Sacra familia* de Miguel Angel, una *Adoracion* de Alberto Durero, varios Correggios, una *Madona* de Andrea del Sarto que justifica el título de *Rafael florentino* dado á este gran pintor;—la *Fornarina* de Rafael, que algunos creen con gran fundamento que no representa á la célebre panadera, sino á otra belleza mas ilustre, Victoria Colonna, marquesa de Péscara, objeto del amor platónico de Miguel Angel.

Ni aun están muy seguros los inteligentes de que el retrato sea en realidad de Rafael. Lo que nadie duda es que es admirable.

Una observacion haré sobre el Correggio, con ocasion de sus cuadros de la *Tribuna*. Pasa en autoridad de cosa juzgada que en este eminente pintor se reveló muy tarde la vocacion artística, y que ya tenia 40 años cuando á la vista de un cuadro de Rafael, prorumpió en su tan conocida exclamacion: *Anch'io son pittore*!

Ahora bien, una de sus obras de la *Tribuna* (la *Sacra Familia en Egipto*) fué pintada por él á la edad de veinte años y es ya una obra maestra. Como esta son otras mil anécdotas que corren muy acreditadas por el mundo.

La galería Pitti, que forma parte del palacio ducal, es aun mas escojida si no mas rica que la de los Uffizi. Allí está la encantadora *Vírgen de la Silla* de Rafael, solo comparable con la *Perla* de nuestro museo de Madrid. Allí está tambien la *Bella* del Tiziano, los dos célebres retratos Rafael, de Angel y Magdalena Doni, interesante particularmente este último porque parece haber servido de tipo á las figuras de Vírgen de aquel gran genio... pero ¿á qué cansarme?

Es tanto y tan admirable lo que hay allí en punto á pinturas de los primeros maestros del mundo, inclusos nuestros inmortales Velazquez, Murillo y Ribera, que me seria imposible ni aun meramente citarlas todas. ¿Cómo han llegado á reunirse en la capital de un Estado tan pequeño como la Toscana, tantas veces destrozado por guerras civiles y extranjeras, tan incalculables tesoros?

La fecundidad artística del país, digámoslo así, y una série de príncipes no todos buenos, pero todos ilustrados, —los Médicis,—lo explican en gran parte. En Florencia se respira con el aire el sentimiento artístico: es imposible que allí los príncipes no miren por las artes.

Cuando yo llegué á Florencia hacia algunos meses, iba en muy triste disposicion de ánimo, entre otras cosas porque habia leido en los periódicos, y lo confieso con rubor,—*lo habia creido* (¡mentira parece!)—que cuando el actual gran duque abandonó con su familia la capital á consecuencia de la última revolucion, se habia llevado los mejores lienzos y otras preciosidades de las galerías Pitti y de los *Uffizi*. ¡Los periódicos lo aseguraban de tal modo!... y en efecto, *no era verdad*. Ni una hilacha, como suele decirse, faltaba en ninguno de los dos museos, ni aun siquiera una preciosa Vírgen de Rafael, conocida con el dictado de la *Virgen de la Duquesa*,—propiedad particular de aquellla angustiosa familia como otros muchos cuadros de la galería Pitti, y en que mediaba la circunstancia de que por tradicion ó etiqueta de la córte, ó mas bien, creo yo, por especial devocion de las duquesas de Toscana, estas la llevaban siempre consigo en sus viajes, de donde proviene el nombre con que es conocida en la historia del arte. Por si aquel triste viaje no tenia regreso, la actual duquesa no quiso sin duda llevárselo consigo, noble rasgo que con sincera efusion me complazco en consignar para edificacion de los que estudian la historia y la política en los periódicos.

De paso diré que lo mismo, exactamente lo mismo, ví en los museos de Parma y Módena, situados ámbos en los palacios de los respectivos duques. Con la duquesa de Parma no se atrevió la calumnia, señal de que no se atreve á todo; pero del duque de Módena aseguraban (yo lo he leido en numerosas *correspondencias*) que no habia dejado ni aun los clavos de que pendian las pinturas. La verdad es que no falta ni una pintura ni un clavo.

Una de las grandes curiosidades de Florencia (no pudiendo citarlas todas, me limito á las mas eminentes) es el *Cenáculo de Foligno*, precioso fresco de Rafael, descubierto en 1850, en una casa, mejor dicho, en una cochera de la calle *Faenza*, número 4,771. Y aquí conviene observar que el sistema de numeracion de las casas en Florencia, como en algunos otros pueblos de Italia, no en todos, es algo extravagante: empiezan á contar en un extremo de la poblacion y acaban en el opuesto.

Recuerdo la sorpresa que me causó cuando fuí á visitar la *casa de Buonarroti*, en que nació Miguel Angel y que todavia pertenece á uno de sus descendientes, ver que está situada en el número 7,588 de la calle *Ghibellina*. La de Maquiavelo está en la calle *Guicciar-dini*, pero nada mas que el número 1,345; para Florencia es muy poco.

Volviendo al fresco arriba citado, su historia es muy curiosa: pintado por Rafael en 1505, es decir, cuando solo contaba veinte y dos años, en el refectorio de un antiguo convento de monjas de San Onofre, desapareció completamente detrás de un nuevo tabique, cuando derribado lo principal del convento, este se convirtió en taller de un maestro de coches; derribado á su vez el taller, hoy convertido en museo egipcio (coleccion de Rosellini), apareció la pintura al fresco del gran maestro, perfectamente conservada, delicia de los inteligentes.

La composicion ofrece mucha analogía con otra *Cena* del Ghuirlandajo que se conserva en el convento de San Márcos: la misma serenidad en el conjunto, la misma dulce y noble expresion de las figuras son de admirar en ambas, aunque muy inferiores las dos á la famosa de Leonardo Vinci que se conserva, muy maltratada por las injurias de la humedad y del tiempo, en el convento de *Santa María delle Grazie*, de Milan. En la de Rafael es visible la imitacion del gusto de su maestro el Perugino.

Entre las muchas preciosas iglesias de Florencia es doblemente interesante la de *Santa María Novella* para nosotros los españoles á causa de su capilla, que lleva nuestro nombre, toda decorada con curiosas pinturas murales de Simon Memmi. En esta iglesia se ven la célebre *Madona de Cimabue*, primer monumento del renacimiento de la pintura en Florencia, y una série de frescos, que llenan todo el coro, obra de Domenico Ghuirlandajo, el maestro de Miguel Angel.

Voy á concluir con una noticia que podrá interesar á los que como yo, llevan hasta el fanatismo la aficion al divino Virgilio. Sabido es lo mucho que han disertado los filólogos sobre si en el segundo verso de la *Eneida* (el sexto empezando por *Ille ego qui quondam*, modo de empezar ya desusado) de leerse

. . . . . *Laviniaque* venit
Litora...

ó bien

. . . . . *Lavinaque* venit
Litora...

La cuestion dura hace siglos *et adhuc sub judice lis est* (un latinajo en esta polémica no puede estar de mas; es *de circunstancias*). A la vista tengo las dos mejores ediciones modernas de mi poeta favorito, que son la de Herman Paldamo, de Leipsic, 1854, hecha en vista de los excelentes trabajos de Heyn y Wagner, y la de Didot, de Paris, 1858. En la primera se lee *Lavinaque venit*; en la segunda, *Laviniaque venit*.

La misma amable variedad se advierte en una infinidad de ediciones antiguas y modernas que he consultado, y de las cuales poseo las mas,—noticia poco interesante en sí, pero que me atrevo á dar como embozado anuncio de que estoy preparando otra nueva edicion que espero en Dios ha de valer mas que todas las anteriores: si así no fuere, no será por falta de diligencia.

Como dato precioso para resolver el punto en litigio, deseaba yo hace mucho tiempo consultar *de visu* el mas antiguo códice virgiliano conocido,—del siglo IV ó principios del V,—que se custodia entre los de la riquísima Biblioteca Laurentina de Florencia.

Apenas llegado á la ciudad de Médicis, volé á dicha biblioteca, pasé por alto, como cosa de menos valer, las *Pandectas* del siglo VI ganadas en la toma de Amalfi por los paisanos en 1135, y que sí no revelaron á Europa, segun han demostrado Muratori y Savigni, divulgaron en ella por lo menos conocimiento de las leyes romanas;—los dos Tácitos de los siglos VII y VIII,—el *Horacio* que perteneció al Petrarca,—la altanera *Carta* autógrafa del Dante en que rehusa el perdon condicional de la república despues de cinco años de destierro,—en suma, desdeñando la flor y nata de los nueve mil manuscritos, próximamente allí atesorados, busqué con una ansiedad que comprenderán los gramáticos, el precioso texto.

Decia muy claro LAVINIAQUE *venit*,—leccion conforme con la mayoría de los antiguos textos impresos, entre ellos el vulgarísimo anotado por Minelio, que durante muchos años ha sido en España el de las aulas. De paso quise saber á qué atenerme sobre la audaz innovacion propuesta ó mas bien renovada por Wagner y otros sabios alemanes, que quieren que no se diga *Virgilio* sino *Vergilio*, pero me quedé con la curiosidad: el códice laurentino no tiene título ni portada.

Y con esto doy punto por hoy á los *Recuerdos de Florencia*, sin perjuicio de volver á ellos en mejor ocasion, pues son muchos y muy halagüeños y me durarán toda la vida los que ha dejado en mí

«La mágica ciudad que riega el Arno.»

De mi reciente excursion, solo ceden en encanto á los que me ha dejado Venecia.

EUGENIO DE OCHOA.

CAROLINA LA BELLA.

(CONTINUACION.)

Un abrazo á Felipa; la he amado como á una hermana, cuando en ti se confundian todos los delirios del amor con las ternuras de la amistad. Y que todo esto haya de acabar, y tan pronto. ¡Oh! triste corazon mio! ¡no puedo conformarme!

Tengo que enjugarme los ojos, pues no veo lo que escribo sino por entre una nube de lágrimas. ¡Adios, amor mio, mi felicidad, mi esperanza! ¡Adios, Carolina! ¡Y con toda el alma, cien veces, adios, Carolina!—TEODOMIRO.

XI.

DE TEODOMIRO A PEPE.

Guaduas 18 de enero de 1852.

Apenas vuelvo de mi sobresalto, de mi asombro...

«¡Maldito el dia en que naci y la hora en que se dijo: un hombre ha sido engendrado!»

¡Mis manos se han manchado con sangre! Una familia entera gime ahora en la desolacion...

¡Roberto no existe!

¡Yo le he dado la muerte!

No tengo reposo ni sosiego: mi alma está perturbada, mi pecho palpita y parece que se rompe. El sueño huyó de mis ojos. Paso los dias y las noches en mortal congoja... El remordimiento se me presenta con una pistola en la mano; veo correr á mis piés un reguero de sangre: oigo caer al suelo una víctima, y las brisas de la tarde y los vientos de la noche parece que repiten sin cesar estos tristes acentos: «¡Cain! ¡Cain! ¿qué has hecho de tu hermano?» y mi conciencia los traduce: «¡Teodomiro! ¿qué has hecho de tu amigo?»

Venceré el horror que me causa tan amargos recuerdos, para pintarte algunos pormenores de aquella escena de sangre, á la cual, contra mis sentimientos, tuve la debilidad de asistir.

Roberto y yo dormiamos en una misma alcoba el 31 por la noche, y ámbos gastamos una parte de ella en escribir: me acosté rendido de cansancio y me quedé dormido.

Me parecia que estaba en el lago de Ginebra, casado ya y con familia. Mi esposa, conocida con el nombre de CAROLINA LA BELLA, estaba sentada junto á mi, con nuestros dos hijos, en un barco de pescadores: era la hora melancólica de la tarde en que las sombras bajan y s

© Biblioteca Nacional de España

extienden por las orillas del lago. Las estrellas empezaban á brillar en la bóveda del cielo, y por do quiera que volviamos los ojos encontrábamos paisajes encantadores, quintas primorosas, arboledas magníficas y rebaños que se acercaban lentamente á sus apriscos: oiamos la flauta de los zagales, y el ruido de algunos buques de vapor, que cortaban las aguas como mónstruos marinos, dejando en pos de sí una larga cabellera de humo, que se destrenzaba soberbia sobre las ondas pacíficas del lago. Yo estaba reconcentrado, gozando de mi felicidad, y gustaba el bien que por las generosas manos de Carolina se derramaba en las chozas de tantos infelices á quienes ella socorria con nuestras riquezas, como si fuera madre de los pobres, ó un ángel mandado por Dios para hacerme completamente feliz, y á ellos menos desgraciados, Carolina tenia en su frente unas flores que acababa de cojerle en la ribera; y sus cabellos hermosísimos flotaban al soplo del viento, y venian á jugar sobre mi rostro: yo cojia aquellos dorados anillos, y los besaba, cuando oí una voz que dijo:

—¡Teodomiro! ¡ya vá á amanecer!... Era la voz de Roberto.

—¿Están preparados los caballos? le pregunté.

—No; pero estarán listos ahora mismo, contestó, y llamó á uno de sus criados.

—¿Están cargadas las pistolas? le dije.

—Las mias sí, me respondió.

Entonces saqué de una caja unas que tenia sin estrenar, pues me habian llegado de Inglaterra hacia pocos dias, y me las puse en el bolsillo. Tomé el sombrero y bajamos las escaleras.

—¿A qué hora se prepara hoy el almuerzo? preguntó uno de los criados.

—A la hora acostumbrada, le dije, y montamos.

Bajamos á la calle del Comercio, pasamos por la plaza de Bolivar, seguimos las calles de la Carrera, de San Agustin, Santa Bárbara y las Cruces, hasta que llegamos mas allá del Aserrio, donde se extiende el llano en que queda la casa de San Vicente.

Allí nos desmontamos, y atamos los caballos á unos matorrales.

Hacia poco que habia amanecido. El llano estaba húmedo con la lluvia de la noche anterior.

Roberto estaba pálido, y tenia grandes ojeras. Llevaba una capa con mangas. Yo me quité el capote de invierno que traia, lo doblé, me senté encima de él y me puse á mirar la ciudad con una tristeza indecible.

—Perdemos el tiempo, dijo Roberto, y esto ha de despacharse.

Al decir así, disparó su pistola. Unos pajarillos que dormian en sus nidos entre los zarzales huyeron espantados: los caballos se asustaron y halaron furiosos de la brida: él se acercó con su pistola para que las cargáramos lealmente en presencia uno de otro. Sacó unas balas y me las dió para que viera que tenian el peso conveniente: echó una á mi pistola, yo eché otra á la suya, atacamos y pusimos los fósforos.

—¿A cuántos pasos? preguntó.

—A los que quieras, respondí.

Pensé que era gallardo disminuir un poco la distancia, y le respondí:

—Tiremos á quince.

—Bien, muy bien, contestó Roberto con desenfado.

—¿Cuál es la señal? dije.

—La campana de la catedral, contestó.

Saqué mi reló y ví que eran las seis y veinte y ocho minutos.

Parados con el brazo extendido y las pistolas encaradas, esperamos el golpe del reló.

La campana sonó.

—Fuego, gritó Roberto, y disparó al mismo tiempo.

Yo disparé tambien, las balas se cruzaron, y él cayó bocabajo.

—Me has herido, gritó Roberto.

Corrí á socorrerlo, pero ya no existia. La bala le habia atravesado el corazon. Tambien salí yo levemente herido.

Lleno de miedo y sumamente perturbado, monté á caballo, volví á la casa, saqué algun dinero, y seguido por uno de mis criados salí corriendo, como si alguno me persiguiera.

En el Arenal paré para reparar la herida, el muchacho me la vendó con un pañuelo, no desangraba mucho, y creí que no seria cosa de cuidado; pero á las pocas horas ya me era imposible andar: el dolor era insoportable. Buscamos por allí una casita donde reposar, y allí me curaron, y pasé una noche infernal. La anterior con todos sus horrores era un paraiso comparada con ella. Tenia atravesada una bala debajo del omoplato del brazo derecho. Vino mi excelente amigo el doctor Vargas y me la extrajo al otro dia, y me halagó con esperanzas de pronta convalecencia.

Así he pasado los primeros quince dias, y despues me vine á Guaduas, por ver si acabo de reponerme. Tengo horas en que la herida del brazo no me atormenta; pero no hay alguna en que deje de despedazarme el acerbo dolor de la herida del corazon. El buen sentido ha sido despreciado por mí, la moral ofendida, la religion ultrajada, las leyes violadas, el amor olvidado, un amigo ha quedado en el campo, y su sombra y el remordimiento no me dejan descansar. Ya quisiera morir. ¡Compadéceme!

—Teodomiro.

XII.

DE TEODOMIRO Á PEPE.

Guaduas 21 de enero de 1852.

Desde aquella funesta mañana en que al disparo de una pistola huyó la felicidad que se albergaba en mi pecho, y se desvanecieron como el humo los soberbios palacios que alzara mi atrevida imaginacion, arrastro aquí, mi querido Pepe, unos dias de mortal congoja. Es verdad que ya no experimento aquel impetu primero, rabioso y frenético de la desesperacion; pero todavía mis sueños son perturbados por funestas visiones: duermo algunas horas, como alguna cosa, y aun he podido dar algunos cortos paseos solitarios. El aire del campo me aprovecha: lo conozco, pero estoy extenuado, pálido, débil. Ayer me acerqué á la orilla de un riachuelo que llaman *el Limonal*, y me pareció que estaba viendo un cadáver retratado en las aguas. ¡Oh! si Carolina me viera, creo que no podria conocerme: en mes y medio me he avejentado en términos que mis cabellos se han encanecido, y mis megillas marchitas y hundidas muestran por fuera el violento estrago de las pasiones. No he tenido valor para escribirle, pues me figuro que me mirará como un asesino, y si llegara el caso, creo que ella temeria quedarse sola conmigo en una pieza; porque he derramado la sangre de un hombre, la de un hombre valiente y estimable bajo todos respectos. Espero que explores el campo, y que me digas si ya pasó el primer arranque del resentimiento en ese pecho virginal que he despedazado bárbaramente á sabiendas, solo por ceder á un puntillo de honra, á una opinion reprobada por el sentido comun y por nuestra santa religion.

(*Se continuará.*)

UNA TERRIBLE PRUEBA.

(Continuacion.)

—Semejante cantatriz, respondió Lugano, en el caso de que existiera una y tuviera la dicha de contratarla, levantaria á la empresa y me haria muy pronto rico, aun cuando la tuviese que dar la mitad de la ganancia. ¿Pero en dónde hallar esa segunda maravilla?

—La primera, con tal de merecer ese título, repitió la marquesa con su sencillez habitual, está á nuestra disposicion.

—¿Como prima donna?

—Como prima donna.

—Uno de los dos sueña, exclamó el empresario dejando caer sus brazos de sorpresa.

—No soñamos ni uno ni el otro, dijo la marquesa sonriendo con gran serenidad y una tranquilidad perfecta. Lo que yo os propongo es el resultado de largas meditaciones, y para llegar á ese puesto he querido ocupar un instante á la sociedad de Florencia con mis fiestas y mi talento naciente. El cielo me ha dado un órgano cuyo poder no es comun, me ha dado al mismo tiempo el alma y la ambicion de un artista. El favor popular que he podido obtener ha animado mis primeros ensayos, ha vertido en mi corazon tantos placeres, que he sentido la irresistible necesidad de dedicarme al arte en que encuentro mas disposicion; las alabanzas de una sociedad selecta no me son ya suficientes; necesito los aplausos de un pueblo, presiento que puedo mover su entusiasmo, excitar su delirio y pedirle coronas.

Ellas no podrán eclipsar el esplendor del blason de mi familia, continuó la bella española irguiendo su hermosa estatura. Yo cuidaré que mis triunfos no empañen la gloria de mi casa; y en cuanto á mi fortuna, no es tanta como se cree.

Los feudos que tengo de la corona de España volverán al Estado si no acepto la mano de un grande de Castilla; y con esta condicion renuncio de buena gana. Respecto á mi fortuna inmoviliaria, he hecho legacion de ella al convento de Maviello, y tengo demasiada nobleza, demasiada conciencia, por mejor decir, para volver á recuperarla. ¡Permita el cielo que pueda rescatar por este medio la falta que he cometido, escandalizando con mi huida á la comunidad, de la que jamás debí salir! Yo no conservo de todos mis bienes mas que recursos eventuales, al presente agotados por el esplendor pasajero de mis fiestas, y los que, aunque vitalicios y modestos como son, socorrerán mis necesidades; porque habeis de entender que yo no seré una artista vulgar; yo no quiero deber á esta profesion mas que las emociones que ella procure y para las que he nacido.

—¡Hé aquí una mujer singular! decia Lugano para sí atolondrado de esta confianza y de la fortuna que alcanzaba. Esta mujer es inexplicable, y yo diria que estaba loca si sus primeras confesiones, que me habian desde luego parecido el resultado de la demencia, no se hubieran hallado seguidas de la manifestacion de sentimientos tan sencillos y honrosos como los suyos. No me tendrán poca envidia cuando Florencia aplauda luego una determinacion que me parece en este momento el colmo de la rareza.

Entonces, como ahora, el público, ávido de sensaciones nuevas, se valia de una concurrencia extraordinaria, la comentaba de mil maneras, y la admitia como hecho consumado con la facilidad que proviene de la fatiga que inspira un objeto de entretenimiento completamente explotado. Cuando los primeros saludos de la noble cantatriz hubieron durante algunos dias ocupado al público, fué inaudito el entusiasmo. Las ovaciones que el pueblo prodigaba á la encantadora prima donna fueron tales, que el resplandor de la corona ducal fué eclipsado, y el culto de que Angela era objeto contrapesaba con el poder del príncipe, que mezclaba francamente sus homenajes á los de la multitud.

Pero mientras que Angela se abandonaba al gozo de los triunfos que habia sabido presentir y que la ofrecian un porvenir halagüeño; dos intereses poderosos se agitaban respecto á ella, y amenazaban al mismo tiempo su reposo y su tranquilidad.

El conde de Zamparella no concibió le idea de desposarse con la marquesa mas que por consideraciones casi extrañas á su amor. Las conveniencias de la fortuna y del nacimiento habian dictado solo la marcha que Angela, siguiendo la elevacion de sus propios pensamientos, atribuia exclusivamente al amor. Habia empleado toda la energía de una voluntad inmutable para resistir á las instancias que el conde renovaba cada dia para determinarla á aceptar su mano. Pero en el momento que hubo adoptado públicamente el partido del teatro, los tiernos cuidados de Ludovico cambiaron de rumbo; poco á poco las seducciones de que estaba rodeada Angela hicieron tan urgentes y apasionadas las del conde, que la inocente y noble jóven se vió obligada á descender de la altura de su carácter hasta las preocupaciones de una lucha que amenazaba su pudor y que degradaba su amor en la persona del objeto amado.

¡Oh! ¡Cuán amargos y dolorosos fueron los descubrimientos que destruyeron una á una las ilusiones de aquella alma generosa y cándida, de aquel amor tan jóven, puro y cariñoso! ¡Cuán abrasadoras fueron las lágrimas que en el silencio de las noches marchitaban todos los goces celestes de aquella ternura virginal, destruian todos los ensueños de felicidad que una imaginacion ardiente habia apenas acariciado y agotaban la fuente sagrada de la esperanza en aquel corazon engañado y desfallecido!

Felizmente para Angela, su candor é ignorancia profunda de las pasiones malas no la permitian sondear el abismo de la perversidad que se abria en su rededor. El conde Zamparella no era á sus ojos mas que un hombre extraviado por la violencia de su pasion. Le compadecia y se acusaba de haber alimentado imprudentemente los fuegos de un amor que no podia romper enteramente, y colocaba con ingenuidad en el conde la impetuosidad natural á un sexo arrogante y ardiente, al que eran inherentes todas las audaces tentativas que la manifestaba, sin ofender su ternura indulgente.

Angela, que no vivia mas que para el amor y las artes, hallaba en sus brillantes triunfos un placer tumultuoso que la arrobaba y que la hacia olvidar algunas veces sus amorosas penas. Pero sus triunfos habian suscitado la ira furiosa de una rival. La señora Puzzini, conocida bajo el nombre de Carina, tenia el empleo de prima donna con algun aplauso, cuando Angela vino á anublar su renombre caramente adquirido en diez años de penosos trabajos. La Carina, cantatriz realmente digna de estimacion, era además una mujer muy bella; aunque sus facciones como su talento fueran muy inferiores á los de su infeliz émula. Antes de la entronizacion de Angela, la prima donna era en Florencia la reina del teatro y de los placeres; recibia los homenajes ardientes de toda la nobleza, y el príncipe mismo, que era un apreciador apasionado de las artes y de las bellezas, no habia sido insensible á las gracias de Carina. Pero despues de la aparicion de la marquesa, la Puzzini habia visto á todos sus admiradores uncirse al carro de su rival; se hallaba reducida á pasar en una oscuridad profunda y en una completa inaccion el resto de una juventud poco ha tan brillante, y condenada á no percibir los salarios considerables que la aseguraba su contrata en el teatro.

Lugano manifestó un furor cuando en la soledad de su casa aquella Ariadna abandonada exhalaba amargas quejas, que el empresario se esforzaba vanamente en aplacar la ira que fermentaba en el seno de la princesa destronada. De las súplicas pasó la señora Puzzini á las amenazas, y el buen director temblaba al considerar los excesos en que podia incurrir una mujer cuyas fogosas pasiones no conocian freno.

El resentimiento de Carina se aumentaba mas y mas cada dia: trató de organizar contra su rival victoriosa una maquinacion que fué reducida al silencio muy en breve; intentó, aunque en vano, introducir el dosórden en la orquesta y la anarquía en el teatro; pero la destreza y agilidad de Lugano destruyeron todas estas maquinaciones, y el empresario, afligido vino á concebir serios recelos respecto á la seguridad del tesoro que rodeaba con la doble defensa de su solicitud amorosa y administrativa.

Angela veia con temor los culpables efectos de un resentimiento implacable é insensato, pero no hacia mas que reir de las penas que la ira de Carina inspiraba á Lugano. Sin embargo, un suceso serio vino bien pronto á justificar aquellos recelos, y á esparcir sombrías nubes sobre la única dicha pura que experimentaba la marquesa, porque llevaba este título y no sufria que nadie le olvidase en su presencia.

Una tarde que la señorita de Villareal volvia sola al palacio donde tenia su habitacion, su silla fué detenida al volver una calle desierta, por tres asesinos que empezaron á reñir con sus gentes. Angela, espantada, abrió su portezuela para interponer su autoridad en esta refriega; mas el uno de los bandidos la agarró y levantó el brazo para herirla. Empero se retiró como poseido de estupor á vista de las facciones que la blanca claridad de la luna acababa de iluminar.

—¡Angela! exclamó, ¡la reina del canto, la gloria de la Italia!... ¡A Dios no plazca que una vida tan preciosa corra algun peligro entre los humildes admiradores de su divino talento! Nosotros nos retiramos, señora, continuó haciendo un gesto imperativo á sus dos compañeros, que parecian participar de su sorpresa y respeto. Pero permitidme os dé un consejo. Teneis un enemigo del que es necesario defenderos, porque si halla quizá agentes menos escrupulosos que nosotros y que puedan preferir una bolsa bien repleta á la dicha de conservar una existencia como la vuestra, no dudeis que vuestra muer-

© Biblioteca Nacional de España

te será cierta.

Angela, sin conmoverse por el peligro que habia corrido, sacó de su dedo un anillo de un valor considerable y le ofreció al generoso admirador de su talento para indemnizarle de la pérdida que consentia en hacer de la recompensa prometida, y se obligó por un juramento solemne á guardar esta aventura secreta.

No lo hicieron así sus criados, y al otro dia no se hablaba de otra cosa sino de esta singular ocurrencia. Si alguien sospechó que la Carina fuese el móvil oculto de esta infame astucia, no fueron otros que Lugano y Angela; porque la señora Puzzini hizo en esta ocasion tales demostraciones de simpatía en favor de su rival que su celo atrajo hasta cierto punto la benevolencia pública.

De esta manera se hallaba turbada la existencia de Angela en los dos únicos goces que habia venido á pedir al mundo; pero no experimentaba mas que el destino comun á la humanidad, y el órden que la habia cabido en la distribucion de las penas y sufrimientos de la vida, era el de quedar reconocida á la bondad providencial que la habia colmado de sus liberalidades.

En vano Lugano suplicó á su preciosa cantatriz que no se sirviese de ninguno de los refrescos que pudieran presentarla en el teatro, porque los célebres venenos que representaron un papel tan trágico en el último siglo se vendian en todas las tiendas de Florencia, en donde el arte de combinar sus terribles efectos habia sido llevado mas á la perfeccion que en ninguna otra parte del mundo. El veneno sutil que mataba con la rapidez del rayo, ó el que no manifestaba su efecto sino despues de un tiempo dado, se presentaba bajo todas las formas: se ocultaba bajo las hojas de una rosa, se volatilizaba en el perfume de un ramillete ó en el olor de los guantes, y nadie estaba al abrigo de sus pérfidos alcances; el sello de una carta llevaba sin fijamente la muerte á un enemigo, como si su veneno hubiese sido contenido en la copa de un festin.

Pero Angela, llorando sobre las culpables tentativas de que era objeto, no admitió ó se hizo sorda á los temores que se esforzaban en inculcarla, y el conde Zamparella reconoció por ciertos indicios que no podian escaparse á su incansable atencion, que la marquesa meditaba un nuevo cambio en su posicion y quizá en su estancia en Florencia. Ludovico no pudo soportar la idea de ver el fruto de sus cuidados y muchos meses de constancia escapar así de la destreza de una seduccion tan perfectamente combinada con la fuerza. ¿El mas audaz y fino galan de Florencia pudiera, en efecto, terminar por un hecho tan esplendente la lucha que habia empeñado á la faz del sol entre el orgullo de sus pasiones y la inocencia de Angela?

(Se continuará.)

UN RECUERDO FÚNEBRE.

Una desgracia, y no la primera de este género, ha venido á herir en el corazon á un distinguido amigo nuestro: el Sr. D. Francisco Flores Arenas, Director de LA MODA. Un hijo en la lozanía de su juventud, modelo de virtudes, esperanza consoladora de los que le dieron el ser, en brevísimos dias ha desaparecido de entre nosotros, dejando el recuerdo de sus bondades entre sus amigos, y un dolor inextinguible entre los de su familia.

Don Francisco Flores y Acosta, alumno pensionado del cuerpo de Sanidad de la Armada, era este jóven tan digno de ser estimado, como estimado tan justamente por sus cualidades relevantes y por su singular modestia.

Lo rápido de su enfermedad ha hecho aun mas terrible este golpe. Personas de todas clases y condiciones de esta culta ciudad se han asociado cordialmente al intenso dolor de su padre, tan querido de todos por sus merecimientos científicos y literarios, por sus servicios á la poblacion en tantos y tan repetidos cargos, y por aquellas virtudes que tanto enaltecen á los hombres.

Cádiz, apreciadora leal y sincera de sus buenos patricios, no ha podido en una ocasion tan tristemente solemne para nuestro amigo, expresar con mas viveza y espontaneidad que sabe sentir con sus hijos y que jamás los desampara en los instantes supremos de las desventuras, á que tanto estamos sujetos.

Los condiscípulos del jóven Flores y Acosta, han mantenido junto á su lecho mortuorio una constante guardia de cuatro de ellos, turnando por horas; y han llevado la muestra de amor á su tierno y malogrado amigo, hasta el punto de conducir ocho de ellos la caja que encerraba el cadáver, hasta las puertas de la ciudad, mientras otros cuatro iban con las cintas de la misma.

La Academia provincial de Bellas Artes, de que es consiliario el Sr. Flores Arenas, la noche misma en que el cadáver fué trasladado al cementerio celebró sesion para otros asuntos. Teniendo en cuenta las eminentes circunstancias que concurren en nuestro amigo, acordó unánimemente consignar en actas que se asociaba al sentimiento de aquel dignísimo individuo de la corporacion y que una comision á nombre de la misma pasase á ofrecer este fúnebre homenage á su dolor. Tal acuerdo es el primero de esta especie que ha hecho la Academia, y solo en consideracion á los altos motivos de aprecio con que mira al Sr. Flores.

Bien sabemos que estas pruebas del afecto público no pueden de modo alguno mitigar la vehemencia de sufrimientos tan crueles como el que nuestro amigo padece y ha padecido con santa y cristiana resignacion, aquella resignacion que el gran Padre San Gerónimo recomendaba á Santa Paula en la muerte de su hija, trayendo á la memoria las palabras del Salvador: «Porqué llorais? Mirad que no es muerta, sino que duerme.»

Pero estas pruebas de la sinceridad de sus amigos y convecinos, si no pueden mitigar sus sufrimiento al ingenioso poeta gaditano, lo libertan al menos de un dolor el mas grande de todos, que es la soledad en el dolor.

Le diremos, sin embargo, lo que al príncipe de la elocuencia romana escribia en una semejante calamidad uno de sus admiradores: «Esfuérzate, pues; consérvate para los amigos, y resérvate para la patria que puede necesitar de tu auxilio y de tus consejos.»

Reciba el Sr. Flores Arenas esta nueva ofrenda de sincera amistad que le dedicamos. La amistad en las desdichas no debe satisfacerse con tal nombre. Necesita algo mas. El amigo debe pasar de amigo y ser hermano; pero hermano en el dolor. Y si no llorare cuando él llora, y sus ojos permanecieren enjutos, permanezcan así, si es para enjugar lágrimas, y para consolar hasta con el ejemplo. Si los amigos sienten tambien como los padres que tal pérdida han experimentado, tambien los padres deben sentir como los amigos.

ADOLFO DE CASTRO.

Explicacion del figurin iluminado.

NIÑO DE 6 AÑOS.—Vestido ruso: camisa de cachemira grosella con mangas largas; túnica de terciopelo negro, sin mangas, guarnecida de marta; la túnica va cerrada por el lado izquierdo, es algo mas corta que la camisa, y se sujeta al talle por un cinturon circasiano dorado con broches anchos; pantalon ancho de terciopelo negro, sujeto por bajo de la liga, botines de paño grosella. Gorra redonda de terciopelo negro guarnecida de pieles.

NIÑA DE 10 Á 12 AÑOS.—Trage de popelina verde con listas negras; la enagua lleva tres rizados de tafetan negro formando ondas; el corpiño es de faldetas por detrás; mangas medio estrechas.

NIÑO DE 2 AÑOS.—Dulleta de cachemira cruda, guarnicion de cachemira azul, con bordado de trencilla azul.

NIÑA DE 8 AÑOS.—Trage de popelina malva, guarnecido con 4 cintas de terciopelo del mismo color, pero de punto mas oscuro: corpiño de escote cuadrado; mangas cortas; camiseta montante con mangas largas de muselina blanca.

NIÑA DE 12 AÑOS.—Trage de tela de capricho gris, con rayas negras formando cuadros; la enagua se guarnece con una tira de cachemira grosella, bordada de trencilla negra; camisa de cachemira grosella; cinturon largo; chaqueta andaluza de terciopelo negro.

NIÑO DE 8 AÑOS. — Pantalones semi-largos, anchos, y blusa de paño azul Méjico; cinturon de cuero; sombrero con bordes vueltos de terciopelo negro.

JÓVEN DE 14 AÑOS.—Trage de tafetan negro; paletot de paño crudo, bordado de trencilla del mismo color. Sombrero redondo de terciopelo negro con un ramo de plumas.

NIÑA DE 3 AÑOS.—Trage de terciopelo rosa; una tira de cisne figura sobre el trage una especie de túnica; corpiño escotado que viene mas abajo del talle orillado por tiras de cisne; mangas cortas; camiseta montante con mangas largas de muselina blanca.

ADVERTENCIA.

A los Sres. suscritores que no reciben las entregas del CORSARIO NEGRO, les remitimos hoy dos tomos de la coleccion de novelas que está publicando en Madrid la Sra. D.ª María del Pilar Sinués de Márcos, y los cuales corresponden al importe que aquellos representan.

El Administrador.

Los señores suscritores que empiezan su abono en el presente mes, pueden recibir si gustan las entregas publicadas de la novela **El Corsario negro**, remitiendo á nuestro Administrador el importe de ellas, el cual es un real de vellon por cada una.

Solucion de la charada del número 9.
ARAUCANA.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ. 1864.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

ALMANAQUE ENCICLOPÉDICO ESPAÑOL.

Una grave enfermedad, que ha tenido á las puertas del sepulcro á nuestro Administrador de LA MODA en Madrid el Sr. D. Manuel Torrijos, ha sido causa de que el *Almanaque Enciclopédico Español*, redactado por el dicho señor, haya sufrido retraso en su publicacion.

Algo mejorado ya, tenemos el gusto de participar á nuestros lectores que este interesante libro se halla á la venta en las Administraciones principales de *La Moda Elegante Ilustrada*, al precio de 20 rs. ejemplar.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico su precio es 12 rs. fs. En Filipinas 14 y en las demás Américas 2 $.

Los pedidos acompañados de su importe, pueden dirigirse á nombre del Administrador de *La Moda* en Cádiz, calle de la Torre n. 6.

El referido Almanaque consta de un grueso volúmen en 4.° mayor, de unas 400 páginas de letra muy compacta, y se halla ilustrado con porcion de grabados de sumo interés; por lo cual recomendamos su adquisicion á toda clase de personas, seguros de que hallarán en él noticias de tanta importancia como utilidad.

Al iniciar la Empresa de *La Moda Elegante* la idea de la publicacion de esta útil cuanto curiosa obra, no fué solo su objeto concretarse á una edicion aislada de la misma, sino reproducirla anualmente, para cuyo efecto se enlazará su importe desde el año próximo venidero con el de la suscricion al periódico. Por este sencillo medio propónese conseguir que en un plazo breve llegue á convertirse dicho libro en uno de los mas populares así en España como en América. A la realizacion de semejante propósito se encaminarán desde hoy todos sus esfuerzos, sin arredrarla los obstáculos que se la presenten, estando como está acostumbrada á vencerlos, segun lo justifica harto palpablemente la reputacion que ha llegado á alcanzar *La Moda Elegante*.

POR LA EMPRESA,
El Administrador.

© Biblioteca Nacional de España

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Cadiz

© Biblioteca Nacional de España